

docena de veces, sin conocer sus dificultades ni la falta de experiencia que existe en España en torno a su alcance científico. Pues bien: tras un esfuerzo por objetivarlo al máximo y elaborar un cuadro lo más detallado posible de las condiciones y formas de puntuación, lo explicamos durante varios días en clase. Los alumnos del tercer curso de las Escuelas del Magisterio, a quienes iban dirigidas esas clases, habían aplicado y corregido con anterioridad otros tests. Y, sin embargo, cuando quisimos comprobar cuantitativamente la uniformidad de las calificaciones que habían dado los mejores de ellos, sólo alcanzamos correlaciones del orden de 0,875, mientras que las que realizaban psicólogos preparados se quedaban en torno a 0,960. Los datos numéricos nos indican ya la dificultad de cuantificación de los resultados de muchos tests llamados objetivos y las fuentes de error que aporta el personal calificador; en nuestro caso, el de los maestros, es ya demasiado grave. ¿Qué pasará cuando los manejen personas que jamás han practicado con ellos y que sólo se guían por una mera indicación gráfica?

SUGESTIONES PARA LA PUESTA
EN MARCHA DEL SERVICIO DE
PSICÓLOGOS ESCOLARES

Partimos de dos postulados:

a) La psicología escolar puede ser muy útil para la organización de la vida escolar.

b) Una legislación cerrada jamás puede crear vida. Los procesos innovadores deben partir desde abajo, lenta y sencillamente. Es la única manera de evitar el intrusismo. Toda ley que pretenda ordenar racionalmente estos servicios y asignar puestos corta el aire. Y ello debe hacerse extensible a los Centros oficiales y a los que no lo son. Aun entre los catedráticos de Filosofía, a los que nunca se podrá discutir su cono-

cimiento teórico de la materia, se contarían con los dedos de la mano los que están en condiciones de manejar media docena de los tests que he citado en el gráfico; a muchos ni siquiera les interesa esta dirección aplicada y probabilística del saber. La distancia que hay entre la problemática metafísica y la psicología aplicada es quizá superior a la que existe entre ésta y las ciencias físicas.

A los organismos superiores les corresponde estimular la preparación de un futuro personal especializado y convertir no más de media docena de sus principales Centros modelo en núcleos de prueba de la vida y utilidad que los psicólogos escolares ya existentes puedan aportar a ellos.

Si la educación nacional se quiere aprovechar más rápida y económicamente de las técnicas pedagógicas, quizá será conveniente recurrir a equipos volantes de psicólogos escolares, que, como se hace en otros países, se desplazarían en determinados momentos para resolver problemas concretos. Esto sin que tuvieran que mediar obligatoriamente escalafones ni compromisos a perennidad: un mero contrato para el caso concreto y basta. ¡Qué bien vendrían los datos psicológicos para unirlos al resto de los exámenes e interpretar a la luz de todos estos elementos el ingreso en los Centros de Enseñanza Media o en los Institutos Laborales! ¿Y para distribuir becas o premios? ¿No es siempre útil conocer como un dato más, nada más que como un dato, las aptitudes y la potencia intelectual de un peticionario? Yo estoy seguro de que con ello nos ahorraríamos unos cuantos bachilleres que salen con el título completo, pero que ello no impide el que se encuentren casi dentro de la oligofrenia. Y que esto, junto al ampuloso título que poseen, les lleve al resentimiento y a la ineficacia dentro de una sociedad que muy pocas cosas les puede ofrecer para sus aptitudes, aunque los haya consagrado con diplomas.

JUAN GARCÍA YAGÜE

La antigua Geografía «de cabos y golfos» y la Geografía moderna frente a frente en nuestra enseñanza media

Cualquiera que haya viajado por España posee una imagen más o menos clara del contraste tan duro que existe entre las tierras del Norte, cubiertas de prados y bosques, y las dilatadas planicies del centro, caracterizadas por una misérrima vegetación esteparia. A poco que analicemos las causas que motivan este contraste paisajístico, que tan vivamente impresiona los sentidos del viajero, vemos que estos dos tipos de paisajes hispanos tan distintos resultan, como todos los de la Tierra, de una serie de fenómenos físicos, biológicos, e incluso humanos, íntimamente combinados.

El norte y el occidente de la Península están ex-

puestos de lleno a los vientos que soplan del Atlántico en dirección Noroeste. Estas masas de aire, al atravesar el Océano, se cargan de humedad, y al chocar con las montañas cantábricas se ven obligadas a ascender. Con ello encuentran capas de atmósfera a menor temperatura, se enfrían y, al mismo tiempo, pierden presión y se dilatan. Por estas dos razones, el vapor de agua que contienen se condensa y origina nubes que dan lugar a lluvias. Así se explican esa bruma y humedad tan características de las regiones septentrionales de la Península. En el cabo Finisterre, por ejemplo, se recogen 2.400 milímetros cúbicos de media anual de precipitaciones. En Santiago de Compostela, 1.450, y en San Sebastián, 1.330.

Esta pluviosidad abundante y bien repartida durante el año mantiene esos prados y landas que visten el suelo de nuestras comarcas norteñas de un manto de verdor perenne. Estas regiones de la España atlántica son las zonas de predominio del ganado vacuno—que exige hierbas largas y tiernas—y también de los extensos maizales y de los caseríos dispersos en los campos.

Sin embargo, esos mismos vientos del Atlántico que

traen la humedad del Océano a la fachada norte y oeste de la Península son vientos desecantes cuando descienden hacia la meseta del Duero o hacia el valle del Ebro, ya que perdieron el vapor acuoso que contenían al atravesar los bordes montañosos peninsulares. Así se origina ese cielo claro y luminoso, esos paisajes radiantes de luz, pero al mismo tiempo áridos y sedientos, de las planicies del Duero. En Valladolid, por ejemplo, caen unos 407 milímetros anuales. Teniendo en cuenta que se consideran regiones áridas o desérticas las que reciben un promedio anual de precipitaciones inferior a los 250 milímetros, se ve que la sequedad de estas regiones es casi desértica. Efectivamente, el clima de gran parte de la meseta castellana es semiárido.

Como las plantas necesitan para poder vivir un cierto grado de humedad en la tierra, se comprende que en estas regiones semiáridas no lleguen a cubrir la totalidad de la superficie del suelo, y se dispongan en manojos separados unos de otros, dejando entre sí pedruzcos de tierra desnuda; es la llamada estepa por los geógrafos. Esta es también la España del sobrio ganado ovino, adaptado a las hierbas secas y cortas, y del cabrío, que puede alimentarse con miserables matas y matorrales; de los dilatados trigales y de las fértiles vegas, allí donde el agua de los ríos, por obra del hombre, va a dar vida al terruño a través de canales y acequias de regadío.

LA GEOGRAFÍA ES LA CIENCIA DE LOS PAISAJES TERRESTRES

Etimológicamente, la palabra "Geografía" significa "descripción de la Tierra"; pero como son varias las ciencias que, con criterios dispares, estudian nuestro planeta—Geología, Geofísica, Geodesia, etc.—, es menester dar una definición mucho más precisa. El objeto formal y específico de la Geografía son los paisajes terrestres; con igual razón que los seres vivos lo son de la Biología y los minerales de la Mineralogía. Sin embargo, la Geografía estudia el paisaje en un sentido dinámico y funcional. La tarea del geógrafo es, pues, analizar y descubrir su génesis, estructura y función.

Ahora bien: un paisaje cualquiera resulta siempre—lo acabamos de ver a grandes rasgos sobre un ejemplo elemental de la Península Ibérica—de convergencias de fenómenos, de combinaciones de factores muy diversos; dependientes unos de la Naturaleza (relieve, vientos, lluvias, vegetación, etc.) y otros relacionados con la actividad de los hombres (cultivos, regadíos, etcétera). Estos factores constituyen por separado el objeto de otras tantas ciencias plenamente independientes. Así, mientras estas disciplinas afines a la Geografía (Meteorología, Geología, Botánica, Etnología, Historia, etc.) consideran aisladamente fenómenos en conexión mayor o menor con la superficie terrestre, la Geografía estudia las combinaciones de esos mismos fenómenos—naturales y humanos—originando tipos diversos de paisajes. Así, lo fundamental desde el punto de vista geográfico es explicar los paisajes en función de las relaciones recíprocas entre estos factores, de las modificaciones que les impone su acción combinada en la superficie terrestre. Queda claro, por tan-

to, que el estudio de los paisajes no lo puede reclamar para sí ninguna de las ciencias consagradas al análisis independiente de cada uno de los factores que los originan.

Puede decirse que la Geografía como disciplina científica es vieja, pero, al mismo tiempo, es muy nueva. Se da en ella la curiosa circunstancia de haber sido considerada como rama independiente del saber mucho antes que fueran fijados definitivamente su concepto y contenido.

En efecto, tras un complicado proceso evolutivo a través del siglo XIX y principios del presente, la fijación de su concepto y objeto es un hecho casi actual. Esto fué debido a que su desarrollo venía condicionado por el de esas disciplinas cuyas aportaciones debe utilizar el geógrafo de acuerdo con sus fines, las cuales no alcanzaron su mayoría de edad hasta bien entrado el siglo actual.

EXISTE UNA SOLA GEOGRAFÍA

Estamos tal vez demasiado acostumbrados a hablar de varias geografías: Geografía general, Geografía regional, Geografía física, Geografía humana, Geografía política, etc., y aun de Geografía postal, Geografía comercial, Geografía militar... Sin embargo, la Geografía es una, y esta unidad de la ciencia geográfica es consecuencia directa de la unidad orgánica de la superficie del Globo.

En Geografía se entiende por región una porción de superficie terrestre individualizada por un cierto número de caracteres simples o, con más frecuencia, combinados. La Geografía regional será, pues, el conocimiento de la estructura, extensión y dinamismo de las diferentes regiones de la Tierra. Los geógrafos hablan, además, de Geografía general cuando se refieren al conocimiento de las leyes generales que rigen esas combinaciones de fenómenos a las que se debe la diferenciación de la superficie terrestre en paisajes, en regiones. Así, por ejemplo, el estudio del macizo del Hoggar, en el Sáhara central, será Geografía regional, mientras que el conocimiento de las causas generales que originan los desiertos es asunto de Geografía general.

Geografía general y Geografía regional, más que dos ramas o divisiones de la ciencia geográfica, son, pues, dos formas de ver una misma realidad, dos criterios que el geógrafo emplea indistintamente en sus trabajos, ya que ambas se necesitan y se complementan mutuamente. Sin embargo, a fin de cuentas, como única Geografía queda sólo la regional, puesto que ella entraña el objeto propio de esta ciencia: los paisajes o—lo que es lo mismo—las regiones, mientras que la Geografía general resulta de considerar con un criterio universal los resultados de las investigaciones regionales.

Pero ¿cuál es el carácter de esas regiones que los geógrafos definen en la superficie de la Tierra?

La tendencia actual en Geografía regional es la de diferenciar regiones físicas, regiones naturales propiamente dichas y regiones humanas.

Una región física será aquella que tenga como principio de unidad un hecho climático: o referente a la naturaleza y a las propiedades de las rocas, o a la

disposición de las capas de terreno o estratos, a las formas de relieve, etc. La meseta central española y el valle del Ebro son regiones de este tipo.

Una región natural resulta de un conjunto más complejo de caracteres; por ejemplo, una combinación de elementos físicos y biológicos. Así, el bosque ecuatorial de Africa es una región natural caracterizada por el gran bosque húmedo y denso compuesto por árboles de las más diversas especies, constituyendo varios pisos de follaje (elementos biológicos); por un clima constantemente cálido y húmedo (elementos físicos), etc. La sabana africana es otra región natural caracterizada por una vegetación herbácea salpicada de árboles o bosquesillos más o menos densos (elementos biológicos); por un clima cálido con dos estaciones, una seca y otra lluviosa (elementos físicos), etc. Los Alpes son otra región natural, y también la región subtropical mediterránea, etc.

Las regiones humanas resultan ya de combinaciones de hechos físicos, biológicos y humanos. En ellas la actividad de los hombres encaminada a utilizar las posibilidades que les brinda la Naturaleza constituye el factor de coordinación y síntesis del paisaje. Este tipo de regiones está plenamente justificado si se piensa que cualquier fenómeno industrial o de explotación del suelo—la misma concentración urbana—supone profundas modificaciones en el paisaje y crea un tipo de paisaje nuevo, distinto del que caracteriza la región natural en que se hallan enclavadas. Una región humana es, por ejemplo, la huerta de Gandía, en Valencia, o la vega de Granada.

Es evidente que esta nueva forma de concebir la variedad regional de la superficie de la Tierra responde mucho mejor a la realidad que el concepto clásico de aquellas regiones "naturales" que resultaban de la artificiosa coincidencia de relieve, clima, hidrografía, vegetación, agricultura, vida humana, etc., sobre las que durante tanto tiempo trabajaron los geógrafos. La región natural propiamente dicha no coincide necesariamente con una región física, y menos aún la región humana con la natural, ya que la actividad humana unas veces agrupa paisajes diferentes desde el punto de vista natural, mientras que otras tiende a disgregar lo que posee caracteres físicos o biológicos comunes. Por tanto, siempre habrá superposición de unas regiones con otras—físicas, naturales, humanas—, pero nunca coincidencias exactas.

Por otro lado, la Geografía general, al dar cuenta de los principios generales a que obedece la diferenciación de la superficie terrestre en paisajes y regiones, se podrá subdividir para fines didácticos y metodológicos en Geografía física, Geografía biológica y Geografía humana.

La Geografía física estudia el clima (Climatología), el relieve (Geomorfología) y las aguas de la superficie de los continentes: ríos y lagos (Hidrografía).

A la Geografía biológica o Biogeografía interesan las formaciones vegetales—bosques, praderas, estepas, etcétera—como elementos del paisaje, en conexión con el clima, la naturaleza y propiedades del suelo, el relieve, los animales y el hombre, con los que origina complejas combinaciones.

La Geografía humana es el aspecto menos elaborado de la Geografía general. Debe ocuparse, en primer lugar, del hombre, no aislado, sino formando

agrupaciones cuya estructura y dinamismo tanta influencia tienen con el paisaje; en segundo término, estudiará los modos de vida, las formas de actividad que los grupos humanos despliegan para satisfacer sus necesidades vitales, así como las huellas materiales de las actividades humanas y la organización del espacio por el hombre: habitat rural y paisajes agrarios, habitat urbano, vías de comunicación y mercados, y, en último término, la organización política de la superficie terrestre.

En el lenguaje corriente se habla con frecuencia de Geografía económica, social, política, etc.; pero estos calificativos son válidos mientras no tengan más que una finalidad pedagógica. Pretender erigir en ciencia independiente estos aspectos de la Geografía humana es atacar la esencia misma y la unidad de la Geografía.

El estudio de la génesis y evolución de las formas del relieve terrestre o Geomorfología ha sido durante largo tiempo objeto de discordia entre geógrafos y geólogos. Para uno de sus iniciadores, el norteamericano William Morris Davis (1850-1934), la Geomorfología es parte integrante de la Geografía.

En realidad, la Geomorfología ha adquirido, con la madurez, verdadera carta de naturaleza geográfica al considerar el relieve como el resultado de la acción destructora sobre las rocas de la corteza terrestre de unos sistemas de erosión, es decir, de unas combinaciones de factores físicos ligados al clima.

Los geomorfólogos distinguen hoy día diferentes sistemas de erosión, agrupando cada uno factores diversos: sistema de erosión fluvial, sistema de erosión de las regiones áridas, sistema de erosión glaciaria, etc. Así, desde este punto de vista, se considera que en la génesis de las formas del terreno—montañas, mesetas, llanuras, etc.—la estructura geológica (naturaleza de las cosas y orden y disposición de los estratos) no interviene más que para modificar las condiciones de la actuación de estos sistemas de erosión y diversificar sus efectos.

Profundizando en estos aspectos de Geomorfología climática, han llegado a definirse verdaderos dominios morfológicos que llevan la huella de un clima determinado. Así cabe distinguir un dominio morfológico de clima templado oceánico, otro de clima tropical húmedo, otro de clima tropical árido, etc. Además, como los climas no han sido siempre los mismos para cada lugar de la Tierra, sino que han variado en el transcurso de las eras geológicas, el geógrafo se encuentra a veces con morfologías complejas, que llevan la impronta de tantos sistemas de erosión como cambios climáticos se han sucedido en el dominio considerado.

Con razón, pues, se ha podido afirmar que la Geomorfología es, en el momento actual, la parte de la Geografía general en la que se afirma mejor la originalidad del punto de vista geográfico.

LA GEOGRAFÍA ES CIENCIA PUENTE ENTRE LAS DISCIPLINAS DE LA NATURALEZA Y LAS CIENCIAS DE LA CULTURA

Acabamos de ver cómo en los paisajes se combinan e interfieren factores naturales y humanos. Se comprende, pues, la posición original de la Geografía en

el conjunto de las ciencias. El geógrafo, al analizar la estructura de los paisajes terrestres, al investigar de qué combinaciones de factores derivan, al fijar su extensión, al hacer, en una palabra, trabajo de Geografía regional, se ve obligado, como ya dijimos, a utilizar las aportaciones de todo un conjunto de disciplinas analíticas, tanto de la naturaleza como de la cultura: Meteorología, Geología, Botánica, Etnología, Historia, Economía, etc. Sin embargo, la Geografía no es ni una ciencia exclusivamente natural ni tampoco una disciplina humana, histórica. Más bien aparece como un puente que une las ciencias de la Naturaleza y las de la cultura.

Por eso no es raro que en la organización universitaria de los diferentes países unas veces se incluya a la Geografía en las Facultades de Letras y otras en las de Ciencias, y cuando no, forme un núcleo de estudios independiente.

En Francia, por ejemplo, comenzó a enseñarse la Geografía como materia auxiliar de la Historia, en las Facultades de Letras. Sin embargo, en los últimos años los estudios geográficos han recibido un importante impulso en este país, y se ha creado una "agregación" (equivalente a nuestras oposiciones a cátedras de Instituto) y una licenciatura independiente de las de Historia dentro de la misma Facultad de Letras.

En España también se inició la Geografía universitaria con este carácter de disciplina auxiliar de los estudios de la sección de Historia en las Facultades de Filosofía y Letras. Se crearon luego cátedras de Geografía física en las Facultades de Ciencias (secciones de Naturales de Madrid y Barcelona). Actualmente se han aumentado las cátedras de Geografía de las Facultades de Letras, y al desdoblarse la sección de Ciencias Naturales en las de Biológicas y Geológicas, se han incrementado las enseñanzas de carácter geográfico en esta Facultad, con cursos especiales de Geomorfología. Es natural, pues, que existan en nuestra patria geógrafos procedentes de ambas ramas: Ciencias y Letras.

En Inglaterra, la Geografía constituyó en un principio una asignatura complementaria de los estudios de Letras, pero hoy día apenas hay Universidad que no posea estudios especializados de Geografía equiparables, en líneas generales, a lo que en España llamamos Facultad. En la U.R.S.S. existen Facultades de Geografía en las Universidades de Moscú y Leningrado. La Academia de Ciencias soviética posee una sección de Geografía y Geología.

En general, la Geografía ha tenido que luchar con incompreensiones y rutinas hasta abrirse ancho camino en las Universidades y ocupar en ellas el lugar que le corresponde. No debe extrañar que todavía no lo haya conseguido en países cuyo régimen universitario está inspirado en criterios excesivamente rígidos, ya que la Geografía como rama joven de los conocimientos humanos no puede ser encasillada en los sistemas tradicionales de clasificación de las ciencias y, por tanto, tiende a romper con moldes arcaicos y estériles prejuicios burocráticos.

LA GEOGRAFÍA PROPORCIONA A LAS CIENCIAS NATURALES UNA VISIÓN DE SÍNTESIS

Modernamente, la tendencia general en la mayor parte de las ciencias de la Naturaleza ha sido aislar

progresivamente los hechos objeto de investigación a fin de no tener que estudiar más que fenómenos o elementos cada vez más simples.

Así, la Física, la Química y la Cristalografía, valiéndose de métodos matemáticos y experimentales, han profundizado en el estudio de las estructuras más íntimas de la materia: moléculas, átomos, partículas elementales. A su vez, la aplicación a la Biología de los resultados obtenidos por estas ciencias ha llegado al estudio de la vida por caminos nuevos. Estos métodos físicoquímicos han informado también a la Mineralogía y a la Petrología, que se han convertido en ciencias autónomas, desgajadas de la Geología.

Sin embargo, hay dos ciencias que por abordar con una visión de conjunto el estudio de la superficie del planeta que habitamos introducen un criterio de unidad en las ciencias naturales: son la Edafología y la Geografía. Ambas realizan, en campos distintos, dos tipos de síntesis diferentes: suelo y paisaje.

La Edafología concibe el suelo como capa superficial de la Tierra, formada por la interpenetración de dos componentes: uno, inorgánico, los minerales más o menos sueltos que resultan de la alteración superficial de las rocas bajo la acción de los agentes atmosféricos (agua, anhídrido carbónico, etc.), y otro, orgánico, el humus, formado por los productos de la descomposición de restos de seres vivos, hojas, raíces, cadáveres de animales, etc., más los hongos y bacterias que en cantidad extraordinaria viven a sus expensas.

La Edafología nació informada del espíritu y de los métodos de las ciencias físicoquímicas y microbiológicas y del dinamismo de la Geología. Su objeto es investigar las condiciones de formación y evolución de esa película superficial de la corteza terrestre a la que llamamos suelo y en la que se interfieren lo sólido, líquido y gaseoso; lo inorgánico y lo orgánico. La Geografía investiga también las condiciones del contacto de los tres elementos: sólido, líquido y gaseoso; de lo orgánico y de lo mineral; pero lo hace en cuanto estos contactos dan lugar a combinaciones de fenómenos que contribuyen a diversificar los paisajes y a definir regiones. Suelo y paisaje resultan, pues, de interferencias mutuas de fenómenos que, considerados aisladamente, pertenecen a otras tantas ciencias particulares.

Pero Edafología y Geografía constituyen dos ciencias de síntesis en cuanto elaboran sus conclusiones sobre material de un conjunto de ciencias particulares. No se trata, pues, de síntesis en sentido enciclopédico, de simple yuxtaposición de conocimientos diversos, ya que suelo y paisaje poseen una individualidad real y plantean una problemática propia.

Sin embargo, el rasgo más original de la Geografía no es este de proporcionar una visión de conjunto a las ciencias naturales. Su gran peculiaridad estriba en introducir al hombre como factor en el campo de las ciencias de la Tierra. Hemos visto ya cómo éste, actuando en colectividad, es capaz de modificar la fisonomía de los paisajes, y esto lo hace precisamente en relación directa con el grado de evolución de las técnicas de que dispone.

LA GEOGRAFÍA ES HOY DÍA UNA DISCIPLINA
DE EXTRAORDINARIO VALOR FORMATIVO

Acabamos de ver que la Geografía es algo muy distinto a una árida nomenclatura y a un ejercicio puramente mecánico de memoria. No obstante, el espíritu de la Geografía moderna aún no ha penetrado de lleno en nuestra Enseñanza Media. Más aún: en no pocos casos se sigue enseñando la Geografía como si se tratase de una disciplina puramente literaria, como la Historia o la Literatura. Por eso no debe extrañar que en esas ocasiones la Geografía se convierta en un cúmulo de rudimentos instrumentales que no explican ni coordinan nada.

Es evidente que hay que atajar el mal de alguna manera, pero—creemos—la solución del problema no se reduce solamente a elaborar cuestionarios, programas y procedimientos de exámenes más o menos bien orientados, sino a que exista un cierto número de ejecutores en disposición de hacer realidad en su enseñanza el espíritu y la metodología de la Geografía actual.

Pero ¿qué tiene la Geografía de especialmente interesante para la formación del niño y del adolescente? Parece lógico que intentemos precisar el lugar que ocupa nuestra disciplina en esa acción armónica de las disciplinas de un plan de estudios, acción que debe ir encaminada por encima de todo a proporcionar al alumno una formación completa. La Geografía contribuye a la formación del espíritu, ante todo por ese ejercicio peculiar que impone a la inteligencia—ejercicio de observación, de coordinación de unos datos con otros, de búsqueda del caso concreto y representativo, de deducción de un principio general, natural o humano, a partir de datos reales—, y, por otra parte, por el carácter especial de los conocimientos con los que ella enriquece la personalidad de los alumnos, conocimientos que amplían los horizontes de su espíritu, lo liberan de localismos y lo proyectan hacia el mundo exterior.

Además, si el desenvolvimiento moderno de la Geografía científica ha encontrado en el estudio de los paisajes o regiones su objeto formal, al mismo tiempo, y bajo el influjo de las ideas pedagógicas contemporáneas, se concede hoy día en todos los países una importancia cada vez mayor al estudio de eso que los franceses conocen con el nombre de *milieu*, es decir, el ambiente local más o menos reducido en el que nos movemos habitualmente. Es indudable que si el conocimiento geográfico de la localidad como instrumento de desarrollo intelectual de los alumnos y de formación de su personalidad ha conquistado un lugar en los planes de enseñanza, ha sido precisamente por el ejercicio constante que supone para la totalidad de sus facultades. Esta coincidencia entre la evolución de la Geografía como disciplina científica y las tendencias de la pedagogía ha hecho que la Geografía haya dejado de ser una simple disciplina auxiliar de la instrucción para convertirse en una de las enseñanzas formativas esenciales.

Por otra parte, como la Geografía es universal en el espacio, proporciona al niño y al adolescente, como ninguna otra disciplina, la satisfacción íntima de lo universal.

El espíritu geográfico es de por sí un espíritu uni-

versalista y amplio. La cultura y el conocimiento geográficos abren al niño hacia otros hombres y otros países muy alejados de las fronteras del suyo propio. El adolescente que estudia Geografía adquiere así una conciencia viva de la unidad del mundo precisamente a través del conocimiento de esos países que ha aprendido a amar aun cuando jamás los haya visitado.

EN ESPAÑA SE ABRE A LA GEOGRAFÍA
UN PORVENIR DE AMPLIOS HORIZONTES

Pocas ciencias han sido entre nosotros tan incomprendidas como la Geografía. Por eso no es de extrañar que, fuera del restringido círculo de especialistas, en el momento actual de la vida española sea aún relativamente poco conocida.

Esta situación no es más que el resultado natural de una enseñanza geográfica mal orientada en los años del Bachillerato y del uso de manuales en los que la Geografía se reduce a retahilas de nombres o a unas brevísimas explicaciones, muchas veces anticuadas e imprecisas, y que, por lo mismo, habría que desterrar de una vez de nuestras aulas.

Efectivamente, la Geografía es para muchos españoles poco más que un simple saber nombrar y situar en el mapa cabos, golfos, montañas, ríos, ciudades, etcétera. Así, en la conversación corriente, cuando se dice que fulano de tal "sabe mucha Geografía", se piensa en seguida en un tipo de persona, de memoria feliz, que ha tenido el capricho de meterse en la cabeza un gran número de nombres de lugares, cifras de habitantes y superficies de países.

No obstante, descartados los que aún creen de buena fe en esa Geografía "de cabos y golfos", incluso para personas algo iniciadas en esta materia, la Geografía vendría a ser poco más que una forma de considerar cosas pertenecientes a otras ciencias, y que consistiría en estudiarlas desde el punto de vista de su localización en el espacio. De esta forma, la Geografía no sería un cuerpo de doctrina coherente y autónomo como cualquier disciplina de la naturaleza o del espíritu, sino un auténtico cajón de sastre de las más variadas materias, ya que todo lo que está sobre la Tierra puede ser localizado y situado en un mapa.

En el terreno docente, es preciso que esta Geografía de espíritu moderno arraigue en nuestras Enseñanzas Primaria y Media. Precisamente la experiencia de muchos geógrafos dedicados a la educación en el mundo entero nos dice que, para adaptar nuestra ciencia a la capacidad de escolares de estas edades, no es necesario vaciarla de su contenido esencial—los paisajes, las regiones—y sustituirlo por un farragoso catálogo de nombres o un inventario de curiosidades que en nada se parece a la Geografía actual. En este sentido se impone como una necesidad vital el abrirnos del todo a los sistemas modernos de enseñanza activa y a la confección de textos y atlas con buena orientación geográfica, adaptados plenamente a la capacidad mental de los alumnos que deban usarlos.

Por otra parte, tras el estudio científico, puramente geográfico de las combinaciones que caracterizan nuestras regiones—tan variadas y complejas—y definen sus paisajes, cabe emprender en España, como en cual-

quier otro país, estudios de Geografía aplicada, que considera y propone lo que estima paisaje mejorado o región óptimamente organizada dentro de las posibilidades del momento. Hoy día, en todos los países occidentales estos trabajos han cobrado grandes vuelos y los geógrafos cooperan en las tareas de planificación regional.

Recientemente, la sección de Zaragoza del Instituto de Geografía "Juan Sebastián Elcano", del Consejo

Superior de Investigaciones Científicas, se ha convertido en departamento de Geografía Aplicada, y en ella se ha comenzado ya a laborar en tal sentido.

Este moderno aspecto de la Geografía—el aplicado—, en beneficio de una orientación más racional del mundo y de un mejoramiento del nivel de vida de sus habitantes, se impone como una exigencia de nuestro tiempo.

PEDRO PLANS

crónica

Una Casa de la Cultura, en marcha

Soria, la más pequeña capital española, ocupa puestos de vanguardia en algunos aspectos relativos a la educación.

Desde hace un año cuenta Soria con una de las primeras Casas de Cultura, creadas a iniciativa y bajo la dependencia de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas.

La Casa de la Cultura soriana es—como la ciudad del alto Duero—reducida, sobria, modesta. Modestos y reducidos también, sus recursos materiales. Pero esto no disminuye, sino que espolea y anima, el desarrollo de una ilusionada y necesaria labor de elevación del nivel espiritual de la pequeña ciudad castellana.

Uno de los términos más manoseados y peor entendidos es, sin duda, la palabra *cultura*. Y una de las cosas más difíciles es, asimismo, la exacta interpretación de la cultura. Ha dicho un ilustre pensador que "la cultura está entre los cuernos de este dilema: si debe ser profunda y exquisita, ha de quedar reducida a pocos hombres; si debe hacerse popular, tendrá que ser mezquina". La frase, ciertamente, es tan aguda como expresiva. Pero, acaso, un poco exagerada. Porque si la cultura es cultivo de la inteligencia, este cultivo—como el de la tierra—no ha de exigir, en violenta disyuntiva, o una labor profunda o una mezquina y superficial labor. Como las distintas clases de tierras, así los hombres, las ciudades y las circunstancias exigirán o no, dentro de un amplio margen de flexibilidad, diversos tipos de laboreo del espíritu, porque son muy varios los estratos de la sociedad.

La cultura, por otra parte, se entiende como el conjunto o sistema de ideas vivas que posee nuestro tiempo. Hoy hemos de enfocar la cultura en un sentido eminentemente social: como preparación de la masa para, en su acercamiento hacia las minorías, ir creando un nuevo clima de superación y de convivencia.

Vivimos una época en que las minorías educadoras,

plenamente conscientes de su responsabilidad, no han de crear cultura para unos pocos hombres, sino divulgar y extender los eternos valores de la cultura—moral, arte, historia, ciencia, técnica—al hombre medio, al hombre de la calle, del suburbio y del campo, quienes, una vez transpuestos los muros de la escuela primaria, sueñen carecer de medios y de ambiente donde continuar el cultivo de su inteligencia y de su espíritu.

No ha sido, pues, una circunstancia fortuita la de que las llamadas Casas de la Cultura que han empezado a crearse en España lo hayan sido a iniciativa y bajo la dependencia de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas.

En un mismo edificio, bajo el mismo techo que suele albergar un archivo, a veces un museo y casi siempre una biblioteca pública, nacen las Casas de la Cultura, que suelen agrupar también Centros de estudios locales u otras entidades culturales.

¿Excesivo acaso el nombre de Casa de la Cultura? Las denominaciones precisas son siempre difíciles. Ya hace tres mil años, empleando una bella y larga perífrasis, el faraón Ossymandias tituló *Tesoro de los remedios del alma* a la más antigua biblioteca egipcia de que se tiene noticia.

Pensemos, en fin, que un edificio que alberga documentos históricos, a veces objetos de arte y siempre libros—antiguos y modernos—, bien puede afirmarse que contiene tesoros de cultura. Pero si además de conservarlos pretende darlos a conocer con un sentido ágil y dinámico, a la vez de divulgar en torno suyo otras diversas manifestaciones artísticas y educativas, bien puede merecer entonces el nombre—quizá un tanto pretencioso a primera vista—de Casa de la Cultura. En definitiva, más importante que el nombre es el contenido y la exacta valoración de la labor que, tras de ese nombre, convenga realizar. Misión difícil, en verdad, pues en cada caso habrá de acoplarse o dosificarse, con inteligente flexibilidad, según las diversas necesidades y circunstancias.

Además de albergar un archivo de protocolos y de servir como domicilio social al Centro de estudios locales y a una recién creada Asociación musical, el organismo que ocupa la mayor parte de la Casa de la Cultura soriana y que le imprime vida es, lógicamente, la biblioteca pública, que reúne—entre sus fondos antiguos y modernos—unos 18.000 volúmenes y posee, con adecuada independencia, una sala general de lectura, otra de revistas y de préstamo, una simpática y alegre sección infantil—bellamente decora-